

en los Eliseos campos ofrecian;
 y el absoluto dueño del puchero,
 viendo frustradas todas sus fatigas,
 á Júpiter dirige sus querellas,
 y de este modo su pasión explica.
 ¿Para cuándo tus rayos, Dios inmenso,
 se reservan? ¿Por qué, di, no los vibras
 á mi favor, contra estos insectillos,
 á cuya diligencia y maestría
 no hay jalea, no hay miel, no hay dulce fruto
 que á sus garras bñareas se resista?
 ¿Baxo qué auspicio imprudentemente viven?
 ¿Qué suprema deidad los patrocina?
 No hay obscura dispensa ó gabinetete
 que no penetre la sutil horoniga:
 dígalo mi puchero pues por ella
 ya no es virgen la miel que contenía:
 en tal desman á tu favor apelo;
 tu auxilio imploro: dime, por la vida
 de la hija de Agenor, la hermosa Europa,
 cuyas prendas y gracias peregrinas
 te estimularon, por gozarla solo,
 á convertirte en buey... ¡A lo que obligas
 ó amor desordenado, pues los Dioses
 no estan esentos de altas felonías!...
 Dime pues, de qué medio he de valerme
 para que no me papen las hormigas
 la rica miel, que como el oro en paño,
 guardo para recreo de mis tripas,
 en tiempo mas feliz del que alcanzamos.
 Júpiter conmovido de su cuita
 baxo la protección del Dios Nepruno
 colocó á su cliente; é imagina
 el raro medio de dexar aislado
 el tarro de la miel, en la honda cima
 de un barenño, aljofaina, ó sea lebrillo,
 lleno de agua salobre y corrosiva:
 pero nuestros insectos laboriosos

